

# Zamora,

un lugar: un tiempo en el espacio (1945-1965)

(Primera parte)

Víctor Manuel Ortiz

A Luis González, en su memoria



El campo zamorano

Fotografía: Víctor Manuel Ortiz

## EL ANTECEDENTE

*¡El hombre! Como la hierba con sus días,  
como la flor del campo, así florece;  
pasa por él un soplo, y ya no existe,  
ni el lugar donde estuvo lo vuelve a conocer.*

Sal. 103, 15-16

El Colegio de Michoacán, que se había establecido en la ciudad de Zamora en 1979, organizó, en 1982, una exposición de fotografías, por medio de su Centro de Estudios Rurales, que llevó por título *Zamora... ayer*. Luego, las fotos fueron publicadas en libro de pequeño formato, con el mismo nombre, que coordinaron entonces (1985) Jean Meyer y Luis Luna. Se trataba de fotografías anteriores a 1915. Iniciaba con el famoso plano coloreado de 1903, luego edificios, las plazas, básicamente, y algunos personajes de aquella época: muestrario de los ricos: los pocos hacendados de antes del reparto agrario, y de los pobres: representación del inmenso número de la peonada: los rostros sin nombre. Las habían conseguido de puerta en puerta, de acervos familiares la mayoría, otras en el Archivo Municipal, y parte de las que algunos saquearon de ese archivo, antes de que lo empezara ordenar, y a volver seguro, útil y visitable, el querido y siempre comprometido Álvaro Ochoa. Yo, todavía viviendo en la ciudad de México, trabajando en la UAM, en una escapada para la matría, visité la exposición y luego escribí un comentario para *Guía*<sup>1</sup>, donde, entre otras cosas, dije: "Veo esta exposición como un primer paso importante que en mi opinión

debe ser complementado. Una fotografía puede ser interpretada de muchas maneras. El discurso que se busca construir está todavía por hacer. Pero ya se ha dado el primer paso. Hurgar en los cajones del pasado es también un elemento necesario para definir el presente" (*Guía*, 14 de marzo de 1982).

A mediados de ese 1982 hice un nuevo intento de enraizar en el nido originario y regresé, una vez más, a vivir en la querencia. Me volví a Zamora, entre otras cosas, entusiasmado por lo prometedor y provocativo que sonaba lo del Colmich en nuestra tierra. En febrero de 1983, Carlos Herrejón Peredo, profesor-investigador de esa institución todavía infante, invitó por esos días al arquitecto moreliano Manuel González Galván, investigador de la UNAM, a dictar una conferencia sobre arquitectura zamorana (11 de febrero). Asistí... y me enojé con el enfoque de don Manuel. En lugar de tragarme mi molestia, como hubiese sido más cómodo, dado que seguía colaborando en ese tiempo en las páginas editoriales de *Guía*, se me ocurrió escribir a propósito de mis diferencias. El artículo se llamó *Monumentología* (*Guía*, 20 de febrero de 1983). Ahí anoté: "Cuando se olvida que la historia de la arquitectura es una parte orgánica de la historia de la sociedad, se discurre por los edificios como si se tratase de una galería de estilos, clasificando, separando, en buenos y malos, los cambios que ocurren en molduras, techos, vanos o cornisas. Y luego de un punto y aparte, añadí: Al no determinar las ideas que están presentes cuando entra en juego la demolición de edificios, al no precisar los intereses que llevan a tomar decisiones que afectan positiva o negativamente a las ciudades, es decir, al prescindir de la gente concreta, organizada en una sociedad específica, la referencia que se puede hacer al clima o a las influencias formales de otros países, como claves para entender los cambios que suceden, las conclusiones a que se llega contienen ingredientes falsos y, sin pretenderlo, manipulatorios".

No me contestó González Galván, quien a lo mejor ni se enteró de mi rabieta adolescente, pero sí Carlos, a quien entonces no conocía. En pocas palabras, me dijo que no entendí la conferencia. Una réplica más de mi parte (*Guía*, 20 de marzo de 1983), en la que escribí: "La alteración que ha sufrido la estructura social zamorana, transformando totalmente formas de vida e imágenes ideales a ser encarnadas por la arquitectura, fue ignorada por el análisis del arquitecto".

<sup>1</sup> Semanario zamorano.



La arquitectura "dá sentido a las cosas y a nuestro cuerpo entre ellas..."

Fotografía: Víctor Manuel Ortíz

Y luego ya el silencio. Pero me quedé con la espina clavada. Todavía, por supuesto, no aparecían los trabajos de tema zamorano, que me ayudaron tanto a percibir que no andaba yo tan errado, de Luis González, Jesús Tapia y Nelly Sigaut. Y del mismo Carlos Herrejón, que estudiaba sobre tradiciones, y pude escucharlo, aprendiendo mucho de sus avances.

Por azares del destino, trabajé un tiempo en el mismo Colmich, institución de alto nivel dedicada a las ciencias sociales, donde aproveché, tiempo y circunstancia, para intentar una interpretación alternativa, versión encarnada de mi diferencia, que no se limitara al simple pataleo. Fue entonces cuando elaboré, y se pudo publicar, *El barrio bravo de Madrigal* (1990) que, para mi fortuna, corrió con buena estrella. Ya en él conseguí, creo, más que una enumeración de obras importantes desde el punto de vista de la "historia del arte", como la que había enlistado don Manuel, una visión distinta, con la perspectiva de un contexto humano vivo, en donde los significados rebasan frecuentemente los códigos de una estética acartonada que separa estilos puros e impuros, con cuchillo maniqueo, como si, al escoger, se tratara de quitar el terrón negro de los frijoles bayos.

*El espacio deja de entenderse como aquella extensión neutra propia del cientificismo cartesiano para pasar a ser un "ente habitado" por estímulos y reacciones, por vectores, por deseos y afectos que orientan, anticipan y dan sentido a las cosas, y a nuestro cuerpo entre ellas...*

Iñaki Ábalos (*La buena vida. Crítica a las casas de la modernidad*)

## ESTE TRABAJO

*Es cierto —dijo melancólicamente al hombre sin quitar la vista de las llamas que ardían en la chimenea aquella noche de invierno—; en el Paraíso hay amigos, música, algunos libros; lo único malo de irse al Cielo es que desde allí el Cielo no se ve.*

Tito Monterroso (*El paraíso imperfecto*)

Después de muchas aventuras de naturalezas tan distintas, que en sí mismas darían para una narración parecida a *La Odisea*, habiendo pasado 13 años intensísimos en Zamora, volví de nuevo al exilio relativo y autoimpuesto de la ciudad de México, en realidad una de "mis varias tierras". Curiosamente, el *Barrio bravo de Madrigal* tuvo "la culpa". La serpiente se mordió la cola. En 1992, con ese libro, gané una medalla de oro en investigación que otorga bianualmente la Federación de Colegios de Arquitectos de la República Mexicana. Los premios los entregó Luis Donaldo Colosio<sup>2</sup>, en una tarde espléndida oaxaqueña, al pie de una de las pirámides de Monte Albán, ya cuando las parvadas de turistas en bermudas se habían ido y estaba, en cambio, de visita, un ocaso extraordinario. Pero ahí me encontré, a contraluz del aire dorado, con Raúl Hernández, un antiguo compañero de la UAM-Xochimilco, a la sazón director de la División de Diseño (CyAD), y me invitó a trabajar de nuevo como profesor. Al poco tiempo acepté la oferta, que el trabajo pagado estaba muy escaso en Zamora, aunque alcancé a hacer algunos proyectos encarnados en obras que me quitaran el estigma de sólo "teórico". Dejé atrás, además, por fortuna y maravilla, un montón de amigos nuevos, que me enriquecieron al parejo de los de antes, los de toda la vida.

Viviendo en México sentí que había la oportunidad, y casi la necesidad siendo académico, de estudiar el doctorado. Muchos alumnos son, por suerte, demandantes y exigentes. Con dificultades, pero después de tiros y tirones, por mi enfoque que a algunos parecía heterodoxo, y de hecho lo es, logré que se aceptara en la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Arquitectura de la UNAM, el protocolo que finalmente llevó por título *Zamora, un lugar: un tiempo en un espacio*. El tiempo lo acoté, a 20 años: de 1945, que en el diciembre de ese año nací yo en Zamora, y lo redondeé en 1965, aunque yo me fui a estudiar a Monterrey desde el principio de ese año. Era necesario, para trabajar con la óptica deseada, involucrar mis propios recuerdos. Los recuerdos: *signos y rostro en la pared de la memoria*<sup>3</sup>. Requería del viaje hacia la infancia para involucrar lo más posible los pertrechos fuertes de la melancolía: si es cierto que sólo se habita el lugar que se deja, es doblemente fuerte cuando uno se ha ausentado del espacio, pero también del tiempo.

Fueron ¡7 años! de 1997 al 2003. Se dice fácil. En realidad fue duro y complicado. A diferencia de instituciones como El Colegio de México, o CIESAS, o la misma UAM, que obligan a la dedicación

<sup>2</sup> Por fortuna antes de que fuese candidato a la presidencia.

<sup>3</sup> Juan Luis Panero.

de tiempo completo cuando se estudia un doctorado. Aquí, estudiando en la UNAM, tuve que seguir con el trabajo cotidiano con mis alumnos zamoranos para, en los ratos libres, tratar de encontrarle la cuadratura al círculo. Deseaba haber acabado en 2002, cuando se cumplían los 50 años de la publicación de Zamora, ensayo histórico y repertorio documental<sup>4</sup>, de don Arturo Rodríguez Zetina<sup>5</sup>, como mi homenaje personal al inolvidable viejo, pero no lo logré: me llevó un año más.

Tenía claro desde el principio lo que quería hacer ver si era verdad lo que yo suponía: que una ciudad, como ocurre con toda arquitectura, a la escala que sea, no se puede entender si no se observa siendo habitada. Escenario y actores, representando, en un tiempo determinado, y en un espacio particular, fragmentos de la eterna Comedia humana<sup>6</sup>, del Gran teatro del mundo. La representación, que es la vida, en un juego de entretelones, ideología construida, por el que discurren personajes con máscaras y traje de la misma materia de que está hecha la arquitectura: de cosmovisiones, de actitudes avaladas, a su modo, por una cultura, por un "espíritu del tiempo" que se expresa en un espacio que hay que acotar. Tal es la ecuación: Tiempo en el espacio: un lugar, que se puebla con formas y fenómenos y que, para entender, hay que conocer e interpretar.

Y me puse manos a la obra, para tratar de explicarme, en esos 20 años zamoranos, con mirada de arquitecto, que no de antropólogo ni de historiador, la relación que existe entre las formas de vivir, y las formas de la ciudad, al construirla y al habitarla. A diferencia de las muchas lecturas que se hacen sobre las ciudades, dando la importancia a lo cuantitativo, que se vuelven gráficas y estadísticas, pretendí trabajar aquí en función de un grupo humano visto como algo familiar, cercano, doméstico, referido a experiencias vitales, dando prioridad a la percepción sobre las restantes formas de aproximación a la realidad. La arquitectura estirándose hasta la frontera de la interdisciplina y de la sorpresa: aunque Le Corbusier haya decretado, desde 1933, la muerte de las ciudades existentes<sup>7</sup>, el hecho es que siguen vivitas y coleando.

Ojo caleidoscópico, que buscó encontrarse con una población asumida como un sistema de lugares creados que expresan la estructura de un mundo y que atiende, de este modo, tanto a aspectos abstractos, de índole simbólica y geométrica, como concretos, que tienen que ver con la geografía, el paisaje, la atmósfera urbana, los edificios con sus tipos pero también con sus estilos, los objetos, las cosas y otros elementos físicos.

Lo característico de lo que intenté hacer consiste en observar y precisar a la ciudad como conjunto complejo, que incluye referencias a sus cosmogonías y, aunque suene exagerado, hasta a sus teogonías. Involucro adicionalmente, de mi cosecha, aspectos engañosamente irrelevantes, por pequeños, por insignificantes para algunos que tienen que ver con los órdenes de la vida cotidiana que se expresan en la calle, pero también del zaguán hacia adentro. Que la ciudad, en su verdadera dimensión urbana no se agota, sostengo, en los espacios públicos, sino que hay que entrarle a los privados, esos que con sus variaciones culturales se refieren a una zona de inmunidad ofrecida al repliegue, al retiro, a los nichos del ensimismamiento y que, además, abarca



Edificio porfiriano del Hotel México en Zamora en los años cuarenta del siglo XX.

Fotografía: Víctor Manuel Ortiz

un abanico muy amplio de referentes, que en el tiempo de este trabajo tuvo que ir, por mencionar unos cuantos ejemplos, desde la casa del obispo, hasta al prostíbulo de Nacho el terrible, de las consideraciones acerca de la decencia o la indecencia en el vestido hasta la evolución de los modelos de arados, tractores o zapatos, desde el uso de silicios como instrumento de purificación, hasta el perfume Siete machos, la transición entre los viejos y los nuevos ricos, las secuelas del agrarismo, la irrupción de la televisión, las buenas cocineras, el carbón y el gas, el racismo zamorano, la omnipresencia de la idea del pecado, las oscilaciones entre una Zamora laica, de Hidalgo, y otra mariana, de la Inmaculada.

El léxico así elegido, así texturizado, supone asumir otras posiciones para la mirada, incluyendo el bajar al ras del suelo, para ver de otra manera, aceptando la sugerencia de Alejo Carpentier, quien provocativamente afirma "Sólo desde el suelo pueden abarcarse totalmente los ángulos y perspectivas de una habitación... y que hay bellezas de la madera, misteriosos caminos de insectos, rincones de sombra, que se ignoran a la altura del hombre".<sup>8</sup>

*La historia universal es un mito  
compuesto de miles de auténticas historias singulares.*

*Alberto Manguel*

<sup>4</sup> Editorial Jus, México, 1952.

<sup>5</sup> En aquel tiempo cronista de la ciudad.

<sup>6</sup> Tomo prestados los nombres del drama *El gran teatro del mundo*, de Pedro Calderón de la Barca (1600-1681), y de la obra toda de Honoré de Balzac (1799-1850), conocida así, como *La comedia humana*, pero que consta nada menos que de 91 novelas acabadas y 46 que se quedaron en proyecto.

<sup>7</sup> En su libro *La ville radiieuse*.

<sup>8</sup> Alejo Carpentier, en *Viaje a la semilla*.